

— Son dijo El Hakim, los frailes militares del templo, y sus votos les prohiben observar treguas, y celebrar tratados y convenios con los fieles de Islam. ¡Maldígalos el profeta, y arranque de esta tierra tan mortífera planta! Su paz es guerra, y su fe es falsía. Los otros invasores de la Palestina observan á veces las leyes de la cortesía y de la humanidad. El leon Ricardo perdona á los vencidos; el águila de Francia pliega las alas, cuando se ha apoderado de su presa, y aun el mismo oso de Austria, duerme y reposa cuando está harto de manjares y de vino: mas estos insaciables lobos no ponen jamas término á sus rapiñas. ¿ Ves como han destacado ya una columna del cuerpo principal, y como cambian de direccion, y se encaminan hácia Oriente? Esos son sus pages y escuderos, iniciados en sus misterios detestables, y que tratan de cortarnos la retirada. Mucho se engañan si creen llevar adelante su intencion. Nosotros conocemos mejor el modo de pelear en el desierto.

Terminada esta conversacion, dió algunas

órdenes á uno de los principales de la comitiva, y cambió su aspecto de flématica compostura, en la actividad y prontitud de un militar diestro y animoso, que ha previsto el riesgo, y confía en su superioridad.

La crisis que se aproximaba se presentaba bajo un aspecto muy diferente á los ojos de sir Kenneth, y cuando el Turco le dijo que no se separase de su lado, contestó resueltamente que no le obedecería.

Esos, dijo el Escoces, son mis hermanos y compañeros. He jurado del modo mas solemne pelear por la misma causa que ellos defienden, y bajo la misma bandera que ellos tremolan. El signo representado en ella es el de mi salvacion. ¿ Quieres que abandone la cruz por la media luna?

— ¡Insensato! exclamó El Hakim, su primer movimiento será castigado con tu muerte. Tú expiarás su perfidia.

— Tendré paciencia, respondió sir Kenneth: sufriré el yugo de los infieles, hasta que se me presente la primera ocasion de sacudirle.

— Me seguirás por fuerza, dijo El Hakim.
 — ¡Por fuerza! dijo sir Kenneth. Si tú no fueras mi bienhechor, ó á lo menos, si no hubieses obrado como tal, y si no debiera á tu mediacion la libertad de estas manos, que hubieras podido cargar de prisioneros, si tal hubiese sido tu voluntad, yo te haria ver que, aun desarmado como estoy, no sé ceder á la fuerza de ningun hombre.

— Basta, respondió el Turco: estamos perdiendo el tiempo, y ahora nos es muy precioso.

Al decir estas palabras, extendió el brazo, y prorumpió en un grito agudo y prolongado, que era la señal de que en semejantes casos se servia. Obedecieronla inmediatamente todos los Turcos, dispersándose por el desierto, cada uno en direccion diferente, como las perlas que se desensartan sobre una mesa de mármol. Sir Kenneth no pudo observar lo que siguió á este movimiento, porque cuando empezó, El Hakim tomó por las riendas el caballo que montaba el Escocés, y apretando espuelas al suyo, ambos se

lanzaron son una prontitud comparable solo á la del relámpago; y tal fué la velocidad de este arranque, que el ginete europeo casi perdió la respiracion, siendo enteramente inútiles todos los esfuerzos que hacia para detener el ímpetu que involuntariamente le arrebatava. Sir Kenneth era diestrísimo ginete, y desde su niñez estaba acostumbrado al manejo de aquel noble animal, que formaba una de las principales defensas del caballero y del soldado; pero los mejores caballos que habia visto en su vida, eran tortugas comparadas con los del sabio Arabe. Nubes de arena salian de entre sus cascos; parecia que iban á devorar el desierto, y mientras mas espacio atravesaban, mayor era su ahinco, y mas holgados y libres sus movimientos. Tenian la respiracion tan segura como cuando iban á paso natural. Su carrera, tan cómoda para el ginete como pronta, era semejante á un vuelo no interrumpido; sin sacudimiento, sin desigualdad; sin producir otro inconveniente que el temor de una caída, y la dificultad de respi-

rar, en el que no estaba acostumbrado á tan violento ejercicio.

Una hora habia durado este admirable esfuerzo de destreza y agilidad, cuando El Hakim, viéndose ya libre del alcance de sus enemigos, moderó el escape, galopó suavemente, y con voz tan sosegada como si no se hubiera movido en todo aquel tiempo, empezó á ponderar la excelencia de sus caballos árabes dirigiendo la palabra á sir Kenneth, el cual atolondrado y confuso apenas podia entender las palabras de su compañero.

— Estos animales, dijo, son de la casta llamada *de las alas*, y á ningun otro ceden en la carrera sino es al Horak del profeta. Se alimentan con la cebada dorada de Yemen, mezclada con especeria, y con carne ahumada de oveja. Son tan incansables en la vejez como en la juventud, y los reyes de Oriente dan provincias enteras por poseer uno de ellos. Tú, Nazareno, eres el primer infiel que ha montado una bestia de tan noble y privilegiada raza, la cual fué dada por el profeta mismo al bendito Alí, su pariente y segundo

en mando, justamente apellidado el Leon de Dios. Tan poca impresion hacen los años en estos generosos cuadrúpedos, que la yegua que tú montas ha comido ya la yerva de veinticinco primaveras, sin haber perdido un ápice de su vigor y rapidez. Solo se le conoce la edad, en que necesita la ayuda del freno, cuando la monta un ginete más diestro y acostumbrado que tú. ¡ Mil veces alabado sea el profeta que ha dado á los verdaderos creyentes los medios del ataque y de la retirada, mientras sus enemigos ceden al enorme peso del inútil hierro que los cubre! ¡ Cuán estropeados y mustios deben hallarse á la hora esta los caballos de esos perros templarios, que sin embargo no han andado ni la vigésima parte del terreno que los nuestros se han dejado atras, sin tener una gota de sudor en su fina y reluciente piel, mas suave que el terciopolo!

El caballero escoces, que habia empezado á recobrase de su sobresalto y agitacion, no podia menos de reconocer la gran ventaja que daban á los Arabes, unos animales tan útiles

en el ataque como en la fuga, y que además parecían tan sufridos y dóciles en las penalidades del desierto, y tan acostumbrados á su arenosa superficie. Pero no quiso aumentar la vanidad de El Hakim; conviniendo en sus enfáticos elogios; así que, guardó silencio, y examinando el país en que se hallaba, vió que no le era enteramente desconocido.

Las tristes orillas, y las fangosas aguas del mar Muerto, la cadena de desnudas y escarpadas rocas que se elevan á la izquierda, los dos ó tres palmeros que interrumpen por aquella parte la uniforme aridez del desierto, estos objetos, que, vistos una vez no pueden olvidarse, dieron á entender á sir Kenneth, que iba aproximándose á la fuente llamada Diamante del Desierto, que en otra ocasión había sido la escena de su encuentro con el emir sarraceno Shirkohf ó Ilderim. En efecto, poco tiempo después llegaron los viajeros á la fuente, donde El Hakim convidó al Escocés á echar pie á tierra, para desconsar un rato en aquel sitio tan agradable como seguro.

Toda la comitiva desmontó, y los ginetes quitaron las bridas á los caballos, pero El Hakim dijo que no era necesario cuidarlos, puesto que no tardarian en llegar algunos de sus esclavos, que se encargarian de darles agua y pienso.

— Entre tanto, dijo á sir Kennetk, poniendo algunos manjares sobre la yerva, come y bebe, y no te desanimes. La fortuna eleva ó abate al hombre vulgar: pero el sabio y el guerrero saben ponerse fuera de sus alcances.

El caballero escocés procuró manifestar su agradecimiento, siguiendo los consejos del Arabe; é ya iba á tomar algun alimento, cuando se le presentó á la imaginacion el contraste de su situacion, con las circunstancias en que se había hallado en el mismo sitio, cuando le era lícito hablar de sus triunfos en la guerra, y cuando los príncipes y los reyes le habían honrrado con su confianza. Este recuerdo fué una nube que contristó su alma, y le echó un nudo en la garganta. La tristeza, la debilidad y el can-

sancio abatieron las pocas fuerzas que le quedaban. El Hakim examinó la agitacion de su pulso, el color encendido de sus ojos, el calor extraordinario que despedian sus manos, y la dificultad de su respiracion.

— El alma, dijo se fortifica velando: pero su hermano el cuerpo es de un material mas tosco, y necesita descanso y sueño. Lo que debes hacer ahora es dormir, y para que el sueño te aproveche, debes tomar un vaso de agua, con algunas gotas de elixir.

Sacó entonces del pecho una redomita de cristal cubierta de un forro de filigrana, y echó en una copa de oro llena de agua, una pequeña porcion de un licor oscuro y espeso.

— Esta, dijo, es una de aquellas admirables producciones que Alá ha dado al hombre para su bien, aunque él la ha empleado muchas veces, en daño, muerte y perdicion. Sirve de cortina á sus ojos, como el vino del Nazareno, cuando el sueño le niega sus beneficios, y aligera la pesadumbre que agobia su corazon: pero el que abusa de su

virtud: y se sirve de ella para halagar su sensualidad, lo que hace es destruir la fuerza de sus nervios, debilitar su entendimiento, y emponzoñar la fuente de la vida. No temas que te haga daño, porque el fuego en manos del sabio calienta y vivifica, y en las del necio, quema la tienda y el campamento.

— Hartas pruebas me has dado, dijo sir Kenneth, de tu extraordinario saber: no me toca disputar contigo, sino someterme ócilmente á tus preceptos. Dijo estas palabras, bebió la medicina y envolviéndose, segun las instrucciones del médico, en el *haik*, ó capa morisca, que hasta entonces habia estado atada al pomo de su silla, se recostó á la sombra, á esperar el reposo prometido. Al principio no se sintió inclinado á dormir, sino que todos sus nervios se conmovieron en suave y deliciosa agitacion. A esto siguió una especie de suspension, durante la cual no le era posible darse cuenta de su existencia, ni de las circunstancias que le rodeaban: antes bien consideraba los últimos su-

cesos de su vida sin susto y sin amargura, como si estuviera viéndolos representar en un teatro, ó como si el alma, separada del cuerpo, los contemplara desde una region mas pura y elevada, libre y exenta de los sobresaltos y penalidades de la realidad. Sus pensamientos, que con tanta indiferencia se fijaban en lo pasado, abrazaban con ardor la vasta escena del porvenir, que á pesar de todo lo que hubiera podido oscurecerla, en vista de las escenas anteriores, le ofrecia la mas lisonjera perspectiva, cual nunca la habia concebido aun en las épocas en que su ambicion se hallaba satisfecha, y en que la fortuna sembraba de flores el sendero de su juventud. En lugar de esclavitud, destierro y deshonor, solo veia como realidades palpables, libertad, fama, y amor feliz y recompensado, habiendo desaparecido de un todo las barreras que siempre habian contenido é imposibilitado sus audaces esperanzas, y sus temerarios deseos. A medida que sus potencias se embargaban, todo este encantador aspecto se cubria de una nube ligera, como la

que se eleva del lago cuando le hieren los primeros rayos del dia. Al fin sir Kenneth quedó sepultado en tan profundo sueño á los pies de El Hakim, que solo por su respiracion podia distinguirse de un cuerpo inanimado.

FIN DEL TOMO TERCERO.



solous. margana



